



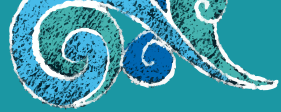
Los primeros cruzaron la Beringia. Y caminaron más de mil años atravesando todo el continente hasta hallar el **estrecho austral** y llamarlo Atelili. O también, quizás, como alguna vez pensó Mendes-Correa, salieron desde Australia a Tasmania, y desde allí al casquete polar antártico, y luego a la península de Graham, a las Shetland del Sur y hasta la Tierra del Fuego a través del mar de Drake. ¿Fue entonces cuando Kwanyip y sus guanacos llegaron desde el norte, cruzando el estrecho sobre la franja de tierra que aún unía la Tierra del Fuego al continente? ¿Fue en ese tiempo que Taita se apoderó del agua dulce de la zona y la honda de Tāiyin **liberó a su pueblo –el Selk’nam–** con piedras que al caer abrían surcos donde brotaba el agua limpia? ¿Fue entonces cuando cayó, expulsado de esa honda, un enorme bloque de roca que abrió lo que hoy llamamos estrecho? Hace alrededor de 13 mil años, cazadores y recolectores convivían con **guanacos y milodones** en la zona centro-sur de la Patagonia. Y un par de miles de años después, atravesaron el estrecho por un puente de tierra en la **segunda angostura**. Eso, antes que el agua se llevara esa morrena y separara definitivamente la isla grande de la península. Sólo miles de años más tarde las especies de oriente soltaron las velas de las naos de **Magallanes** para romper las imágenes del desierto de arena que unía el “nuevo” continente al polo antártico. El capitán portugués, imagina Zweig, declara emocionado y seguro: “Hay **un paso entre los océanos**. Lo sé; conozco el sitio. Dadme una escuadra y, en beneficio vuestro, llegaré a él; y, de Este a Oeste, daré la vuelta a toda la tierra.” Magallanes entró al estrecho el 21 de octubre de 1520. Y ocurrió con él que llegó la escritura: la de Antonio **Pigafetta**, autor de “Primer Viaje en Torno al Globo”, relato de esa travesía y germen de la novela moderna, como evocaría García Márquez al recibir el Premio Nobel de Literatura en 1982. Fue la primera vez también, como ha comenzado a relevar la Academia Chilena de la Lengua, que se habló castellano en las costas del estrecho y de lo que mucho **más tarde sería Chile**.



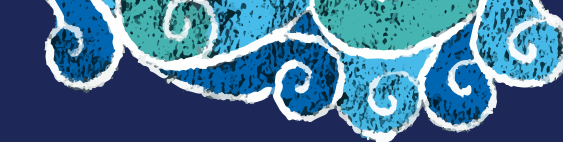
Conocemos las coordenadas de ese viaje de hace casi **500 años**, pero no tenemos el relato de las primeras personas que cruzaron el estrecho. Ni de los que vieron las aguas llevándose el puente de tierra por el que habían atravesado. Ni de los que fueron en busca de ese puente y vieron por **primera vez** el estrecho tal como lo vemos hoy. Pero aquello sucedió. Por Pigafetta tenemos el testimonio letrado del viaje ulterior, aunque tampoco tenemos el testimonio de los demás marineros: ¿cómo vivieron y sintieron esos hombres que venían en las naos los primeros destellos de estos parajes? ¿cómo sonaron las expresiones de júbilo, las maneras de decir su asombro y sus recuerdos en sus rudas lenguas cotidianas?

No de los **primeros humanos que miraron el estrecho**, sino sólo del viaje de Magallanes y Pigafetta y sus hombres tenemos fecha. De eso van a cumplirse cinco siglos el año 2020. Y en Magallanes, epicentro de los pasos más antiguos y de ese paso, puente de esa primera vuelta al globo con registro escrito, escenario articulador de la mirada ficcional y las hiperbolizaciones literarias modernas, y mapa inaugural de la palabra que heredamos, ¿cómo vamos a pensar y a decir ese acontecimiento? ¿Haremos de él un eje refundacional para aspirar a soñar un nuevo derrotero histórico?, ¿tomaremos como hito, una vez más, la llegada de occidente al continente, con todo su fulgor esta vez, con todo su detritus?, ¿vamos a hablar y a pensar en serio y, al mismo tiempo, a jurar un buen propósito comunitario, como en cualquier víspera de nuevo año?, ¿dónde está la sutura que articule el pensamiento y la emoción, las **dolorosas verdades y la necesaria esperanza** con los tejidos geográficos, sociales e históricos de nuestras condiciones magallánicas? Habría que recordar siempre disociar la palabra “descubrimiento” del paso de Magallanes por el estrecho. Lo que acontece en 1520 es, ya se ha dicho, un hito definitivo. Pero decir que Magallanes “descubrió” el estrecho, no sólo es poner la mirada que viene de Europa en la génesis exclusiva de nuestro propio universo, sino borrar –una vez más– la mirada y los saberes de **500 generaciones anteriores de seres humanos que miraron y habitaron y siguen habitando los espacios de este estrecho**.

Si las masas de agua más grandes de nuestro mundo se encuentran y comunican en esta zona, y si la paradoja extrema, como dice Bachelard, está en el agua, nuestras geografías magallánicas entrañan entonces una metáfora profunda que **nace atada a sus costas**.



Poblada de **contradicciones violentas**, nuestra zona de contacto y sus habitantes venidos de tantas latitudes e historias se han calado la radiante y tersa máscara de la épica pionera y los discursos oficiales, junto a una más profunda sombra de coerción, de inequidad y de conflicto. Allí están nuestras paradojas extremas y los vaivenes de nuestra metáfora magallánica: **entre el encuentro de las aguas y la resistencia, y el desencuentro, la incomunicación y la desaparición**. Viajes en contra y a favor del viento, naufragios y asentamientos y cicatrices contradictorias que han forjado, con todo, el paisaje humano **multicultural** de Magallanes. Y están, por cierto, con nombre propio y mayúsculas, **el genocidio indígena, la represión obrera, la cicatriz de la dictadura y sus herencias despiadadas, aún vivas y dolorosas**. Hemos estado al debe ante la metáfora de las aguas y del encuentro en el espacio del estrecho, pero sus aguas y nuestra imaginación continúan allí y siguen siendo, siguiendo a Bachelard, nuestras herramientas para conjurar un **destino que transforme** sin cesar nuestras miradas. Bachelard también sostiene que sólo se miran y se viven con pasión los paisajes que antes hemos visto en **nuestros sueños**. Y porque el paisaje de sueños es la materia más honda de nuestra cosecha, este estrecho y sus orillas han sido en parte sueño, en parte tránsito y en parte destino **vivido con pasión** por quienes han cosido y ofrendado su mirada a **los límites de la vida** y del extremo sur. Caos y calma, vaivén de un viaje interminable, la historia de nuestro estrecho y de nuestros grandes **navegantes en barcos y en canoas**, con sus tumbos y gestas y tragedias, bautizadas o anónimas, escritas u orales, sabidas u olvidadas, **no comenzó hace 500 años**. No hallaremos la hondura de estas aguas y sus metáforas mientras no acuñemos una **memoria** más vasta, luminosa y plural, para abriarnos a una conciencia plural de nuestras historias. No, mientras sigamos cargando el mismo viejo sentido de los mapas y los ecos de la desilusión imperial, y las maneras dominantes de mirar y de mirarnos en Magallanes. Lo urgente siempre y no sólo a 500 años de nada, será **interrogar** nuestros mapas y lecturas y voces y paisajes. Y hacerlo desde el lado más luminoso de nuestras **paradojas violentas**.



Es lo que, en parte, **nos enseñó Mistral**. Que entre 1918 y 1920 vio y describió el paisaje austral a través de la “**bruma espesa**” y los “**inmensos ocasos dolorosos**” de la tradición literaria occidental. Y que casi cincuenta años más tarde, en “Poema de Chile”, y luego de haber recorrido el país desde sus límites, y de haberlo reconstruido **con la sabiduría de quienes lo viven**, fue capaz de ver entonces a los viajeros jugando a la gallina ciega con la niebla de Magallanes, y a las islas australes debatiéndose entre la risa y la danza. En Magallanes, para Mistral, está el **nacimiento de un Chile nuevo: “Pide tierra para ti, cóbrala”**, le dice al niño indígena que la acompañó durante todo su viaje. **Cambios tan inmensos y luminosos son posibles**. Los viviremos con pasión sólo si antes los hemos soñado: contamos con nuestra imaginación y con las aguas de nuestro estrecho. ¿Qué hacemos entonces con esta fecha? ¿Y con los nombres de la última esperanza y la desilusión imperial? ¿Con qué instrumentos y con qué materiales **hacemos brotar** sus nuevos sentidos? ¿Qué hacemos con esas **calles y estatuas** asociadas a nuestras cicatrices dolorosas, a las heridas abiertas del **genocidio indígena**? ¿Hemos pensado qué sienten **nuestros pueblos originarios** caminando por estas arterias y frente a esos monumentos? ¿Quién se atreverá a **pedir perdón** por el genocidio, por los nombres de esas calles, por las efigies de esos “prohombres” –habrá que escuchar una vez más qué voz–? ¿Levantaremos más monumentos –en justicia uno para nuestras etnias–? ¿Una vez más repetiremos “yo vengo a hablar por vuestra boca muerta”? ¿O el gesto nos hallará trabajando de verdad para **romper las barreras** simbólicas y políticas que impiden que hablemos y escuchemos y entendamos las historias y las palabras de nuestro prójimo? ¿Y luego del gesto de perdón, qué? ¿Seguiremos lamentándonos en composiciones más o menos bien intencionadas, diciendo que nuestros pueblos originarios están extintos a pesar de **Villa Ukika, de Puerto Edén**, de sus **comunidades urbanas** en las ciudades de la Región, y de la **comunidad Rafaela Ishton en Rio Grande, en la Tierra del Fuego**? ¿Se seguirán exhibiendo, como hoy, las imágenes de sus cuerpos fotografiados a comienzos del siglo pasado en las tiendas de souvenirs de los siglos venideros? ¿A cuánto seguiremos vendiendo cada reproducción de fotografía?



Y final y urgentemente, **¿honraremos la metáfora de las aguas del estrecho junto a los nuevos magallánicos que, como nuestros abuelos, como tantos y como siempre a lo largo de nuestra historia, han llegado hasta estas orillas –esta vez desde el caribe y la zona andina–? Habría** que izar en serio y llenar de un sentido nuevo –nuevo por inédito– **el calado más hondo de nuestros sueños y nuestros emblemas**. Todas las fronteras que hemos aprendido y a las que nos hemos prendido debieran por fin revelársenos como lo que son: cicatrices, **costuras que en un sentido último llaman al traspaso y al abrazo**. Y habría que pensar, por fin, cuánto de nuestro comportamiento cotidiano, de lo mejor de nuestra escritura, de nuestras artes, de nuestras empresas e himnos, ha estado a la altura y hondura de la metáfora de nuestro estrecho. **“Si el noble esfuerzo por obtener los Derechos Humanos fuese adoptado con toda lealtad”,** decía Mistral en 1956, **“sería el mayor triunfo entre los alcanzados en nuestra época”**. Nuestra metáfora de las aguas nos revela en su fondo, la posibilidad de sentido de ese anhelo mistraliano. De cuánto hagamos práctica ese afán en la carne de nuestra acción y de nuestra palabra, dependerá cuánto hará carne en nosotros la pasión y la potencia de lo que soñamos y, consecuentemente, de lo que vivimos y revelamos. Por ahora, sólo podemos **hacer zarpar esta página** conjurando con Saint John Perse –que aún escribe sus “Vientos” en un viaje permanente por las lindes de estas costas–, la apertura siempre y el sellar nunca de estos estrechos –por cercanos– y hondos y compartidos desvelos: **“Ustedes, las que limpian a los muertos, en las aguas madres de la mañana, laven también la faz de los vivos; laven, ¡oh lluvias! el rostro triste de los violentos”**.

CHRISTIAN FORMOSO



*Viajes en contra
y a favor del viento,
naufragios y asentamientos
y cicatrices contradictorias
QUE HAN FORJADO,
con todo,
el paisaje humano
multicultural
DE MAGALLANES.*



*Caos y calma,
VAIVÉN DE UN VIAJE INTERMINABLE,
la historia de nuestro
estrecho
Y DE NUESTROS GRANDES NAVEGANTES
en barcos y en canoas,
CON SUS TUMBOS Y **gestas y tragedias,**
bautizadas o anónimas, escritas u orales,
SABIDAS U OLVIDADAS, **no comenzó
hace 500 años.***



*Los
500 años
y la metáfora del estrecho*

CHRISTIAN FORMOSO



Consejo
Nacional de
la Cultura y
las Artes

Región de Magallanes
y de la Antártica
Chilena

Gobierno de Chile